

¿HIJOS DE LUZ O HIJOS DE LAS TINIEBLAS?



En el trabajo de predicar el Evangelio de Cristo, he trabajado con incontables personas de diferentes culturas y variados niveles sociales. También he conocido toda suerte de los que sirven al Señor. Y así, uno aprende algo del corazón humano, lo que otros llaman “una experiencia psicológica”. “Me preguntas por el precio que tuve que pagar para graduarme en el curso”; envidias, chisme, malas lenguas, contenciones arrogantes de hombres sin juicio, amarguras, dolores y lágrimas. ¿Lo útil del aprendizaje? Sí, también he tenido algo muy útil: me siento hoy en día más maduro, ando con más cuidado, y trato de seleccionar mis amistades con mayor visión, poniendo mi confianza más profundamente en el que hizo el cielo y la tierra, en Cristo.

Muchísimas veces me he sentido avergonzado por pecados ajenos, al ver cómo algunos de estos “apóstoles modernos” andan en la vanidad de su mente, pretendiendo servir a Cristo, cuando con sus obras insensatas niegan al Señor que una vez los rescató. Han sido presa de Mamón, (dios de las riquezas), de la fama y del delirio religioso.

Cuando escribo este artículo lo hago con dejo de tristeza. He estado pensando y meditando sobre la obra del Señor. Y mi alma se siente amargada. “Porque por ahí andan muchos, de los cuales os dije muchas veces, y aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo” (Filipenses 3:18-19).

Principalmente hay dos tipos de predicadores y misioneros. Llamemos a uno el tipo “A”, y al otro el tipo “B”.

El tipo “A”

Lo sabe todo. Es invencible; un tipo lleno de sabiduría y de cultura elevada. Es brutal y suave a la vez; depende ampliamente del caso, con quien habla, donde y por qué. El tipo “A” sabe hacerse simpático ante personas de influencia (pues así, logra sobrevivir), pero es agresivo frente a la mansedumbre de los hijos de luz. Ama largas oraciones de aire académico. Su dios es el vientre (Filipenses 3:19), pues ama los bienes transitorios de este siglo. Su gloria es en su vergüenza (Filipenses 3:19), pero lo disimula. Cuando hay reuniones de hermanos, chismea y condena para sacar a luz su santidad fingida.

No guarda secretos

Trata de complacer a los grandes e ignora a los pequeñitos, que realmente son buenos. En fin, es un político sagaz. Sospecha de todos y

acusa a todos (Tito 1:15-16). Se equivocó de profesión, pues más bien debería trabajar con la policía de investigación (Tito 1:10-13).

Carece de amor

Pues se ama a sí mismo, y no queda así reserva de cariño para otros. Edifica la iglesia por un lado, y la destruye por el otro. Es cínico; hace acepción de personas, forma círculos de amigos exclusivos, se busca gente que fácilmente puede someter y controlar, y que llevan el mismo sello que él. Y lo peor: piensa que puede ocultar su mal corazón detrás de una cortina protectora.

El tipo “B”

Es raro de hallar, como una perla preciosa. Es generoso y quieto, y sabe guardar secretos. No chismea, ni hace comentarios. Ayuda a los errados con paciencia y con buen ejemplo. Está siempre dispuesto a llorar con los que lloran, y reír a carcajadas, si fuese necesario, con los que se alegran. Siempre ayuda y está listo para decir una palabra de aliento. Aún no sufre —y alabado sea el Señor— del tal llamado complejo académico. Sirve a Cristo con mansedumbre y conocimiento y no con estadísticas que sólo Dios conoce (Colosenses 1:7; 4:12). Busca a las almas, no para luego hacerlas dos veces más hijos de la Gehenna, sino para prepararlas para la eternidad (Colosenses 3:23-25). Da buenos frutos (Colosenses 1:10).

¿COMO DEBE SER EL PREDICADOR DEL EVANGELIO?

1. Emocionalmente sano

Es necesario que el que predique la palabra de Dios a un mundo perdido esté sano en todo sentido. El predicador ha de ser una persona de emociones estables, que reaccione correctamente. Su mente debe ser sana, y debe contar con la motivación correcta que le impulsó a tomar la decisión de evangelizar. No debe sufrir de histerismo, ni tampoco debe tener un carácter explosivo, pues esto malograría su obra.

Es ya una calamidad observar cómo misioneros y predicadores actúan arbitrariamente para convenir cada uno con sus intereses, y, a veces, lo hacen mejor que los mundanos. El que pretende servir a Cristo ha de ser un hombre cabal y no un “macho acomplejado”; debe ser íntegro, de sanos intentos, diría, sin ínfulas; debe amar a las almas, y no al dinero. Tampoco debe buscar en la predicación una vida regalada. Debe ser una persona psicológicamente bien equilibrada.

2. Debe ser un Reconciliador

Cristo vino para reconciliar a los hombres con Dios. Esto hizo por medio de su amor (II Corintios 5:14-20). El buen predicador no habla del amor, más bien lo practica hacia todos. Si no se reconcilia al hombre por medio del Evangelio, entonces ¿por qué predicar el Evangelio?

3. Debe ser un trabajador legítimo

No hay lugar en el reino de Dios para los que quieren delegar trabajo, aunque los hay por todos lados (2ª Corintios 6:3-10). El que pretende servir a Cristo y no está dispuesto a sufrir con El, se engaña a sí mismo, y pronto se verá enredado con muchas contradicciones y dificultades (Gálatas 6:9-10).

4. Debe haber sido bien instruido

No sólo debe conocer la Biblia, su arma, sino también las enseñanzas de las tinieblas para poder combatir las con éxito. Lo que es igualmente importante es que tenga la capacidad de manejar con justicia las diferentes situaciones entre hermanos (Gálatas 6:1-3). Los títulos no dicen nada en cuanto a su real capacidad de servicio. Debe tener la voluntad de auto educarse continuamente. Debe tener una personalidad gentil y agradable, que puede perfeccionar a través del entrenamiento continuo. (II Timoteo 2:15-16, 19, 22-25).

5. Debe tener una fe sana

2ª Timoteo 3:2-5, 12-15. La Escritura nos dice que “sin fe es imposible agradar a Dios” (Hebreos 11:6). La fe no es cualquier dirección de credo, sino más bien es todo el sistema del Evangelio de Cristo. Y el que me ama, dice Jesús, guardará mis palabras. La fe equivale a obediencia (Santiago 2:26). Nuestra fe debe luego manifestarse en las obras de la fe (Gálatas 5:22-26).

6. Debe ser consciente de su misión

Dios nos llamó para hacer buenas obras, para llevar el mensaje de salvación a un mundo que vive en tinieblas. Nos ordenó el Señor andar en amor y buscar el reino de Dios ante todo lo demás.

Un misionero o predicador no debe:

- a. Perder su tiempo con palabrerías
- b. Jugar a “policía”, práctica fea que quizás haya aprendido de misioneros mal informados en cuanto a la evangelización.
- c. Perder su tiempo con quehaceres inútiles como el hablar de la gente. Los hermanos no te pagan un sostenimiento para chismear, sino para evangelizar. No los desengañes. (Esto ya parece ser una enfermedad crónica entre los que llevan la palabra de Dios).
- d. Ser contencioso, o parcial.
- e. Mostrar mala voluntad para aprender y corregir se continuamente.
- f. Llevar secretos, que otro le haya confiado a terceros. Si lo hace, perderá toda confianza entre los hermanos.
- g. Ser injusto, arrogante o irrespetuoso (hay quienes son irrespetuosos con palabras, otros con hechos—y ¿quién hiere más?).

Hay muchos miembros en el cuerpo de Cristo que son escandalosos, y mayormente lo hacen para disimular sus propios pecados. Apenas ven pecados o debilidades ajenos, no pueden dejar de echarlos en cara a sus semejantes. El Señor Jesús se pronuncia contra toda manifestación de escándalo. Igualmente se pronuncia Jesús contra la insensatez, la insensibilidad y la intolerancia del ser humano. Es preciso tapar la boca de los oponentes de una vez y para siempre (Tito 1:10-11).



Efesios 2:12-13 dice lo siguiente: “En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”. Debemos traer de nuevo estos textos a nuestra memoria para que no andemos en cosas malas, sino antes dar gracias a Dios que El nos haya mantenido junto a sí hasta este día. Antes estábamos separados de Cristo, ahora El está junto a nosotros; éramos como extranjeros, pero ahora bien conocidos. Llevemos en alto nuestra convicción y llevemos el Evangelio de la paz adelante, apartados de todo lo que entorpece nuestro justo sentir en Cristo Jesús, exhortando a los dudosos, animando a los flacos, y esparciendo este aire de Cristo en el amor fraterno sin fingimiento hacia todos los hombres, pero sobre todo, a ‘os compañeros de la fe. Si así andamos, Cristo abrirá puertas para nuestra obra, dondequiera que vayamos. Recuerda que nuestra obra no será medida según los bautismos que pongamos en papel, sino más bien por una legítima evangelización; y dentro de ella, una limpia edificación del cuerpo de Cristo.